TERRITORIO Y NACION: INDIOS Y MINEROS EN ALUVION DE FUEGO, DE OSCAR CERRUTO

POR

LEONARDO GARCIA PABON

Revista «Hipótesis», La Paz

Marcar y habitar, romper y volver a marcar: una historia enracimada en sus propios sistemas. El Estado boliviano desfigurando el altiplano; los mineros desfigurando, a su vez, el Estado y el territorio altiplánico; los indios reconstituyendo una nación anterior a la conquista, pero desde las clases sociales de 1930. Y junto con todos estos flujos y reflujos de la historia, un libro que se atraviesa y se enracima, él también, en todos los movimientos y las posibilidades de la historia boliviana durante la guerra del Chaco: *Aluvión de fuego*¹. Flujos, cortes, apariciones, proyecciones lúdicas, visiones históricas y el paso constante de la realidad a la ficción y de la ficción a la realidad. *Aluvión de fuego*, de Oscar Cerruto, nos entrega una lectura invertida: la realización de la ficción y la ficción del Estado boliviano; es el espacio donde las categorías de la nación, el Estado y el territorio se desarman para abrir otro espacio, donde se imagina la posibilidad histórica de una nación plural².

Aunque necesariamente unidas, nación y territorio no son lo mismo, ni siempre sus relaciones son las mismas ni se dan obligadamente en armonía. Toda territorialización es una concreción histórica de una serie de flujos y reflujos sociales y es, por tanto, la adopción de un sentido hege-

¹ Sólo citaremos el número de página de este libro, las que vienen de la siguiente edición: Oscar Cerruto, *Aluvión de fuego* (La Paz: Ediciones Altiplano, 1984).

² «C'est la même chose pour le livre et le monde: le livre n'est pas image du monde, suivant une croyance enracinée. Il fait rhizome avec le monde, il y a évolution parallèle du livre et du monde, le livre assure la déterritorialisation du monde, mais le monde opère une reterritorialisation du livre, qui se déterritorialise à son tour en lui-même dans le monde (s'il en est capable et s'il le peut).» Guilles Deleuze y Félix Guattari, *Mille plateaux* (Paris: Minuit, 1980).

mónico sobre otros posibles. Incluso se puede pensar la creación de las naciones como un tipo de territorialización, propio al capitalismo, de determinados espacios geográficos³. Las territorializaciones serían sólo acontecimientos de la historia de la humanidad, siempre cambiante, y a su vez la historia no es más que los procesos por los que estas territorializaciones se construyen y desconstruyen.

La literatura, por su parte, sería como la visión que los hombres proponen para sus propias historias, para las formas de construirse y desconstruirse como grupos sociales, tanto en la reformulación de su pasado como en la proyección de su futuro.

De formas diferentes, la literatura boliviana habría tratado de dar una visión de nuestro espacio y/o de su constitución, como es el caso de *Juan de la Rosa*, para nuestra independencia, o *Felipe Delgado*, para la ciudad de La Paz contemporánea. Sin embargo, pocas veces se ha logrado que esa imagen ilumine tan profundamente el orden que nuestra nación podría seguir, en la armonización de los diferentes espacios sociales que pueblan nuestro territorio, como en la novela que hoy analizamos.

Visión en el sentido de un modelo para el mundo boliviano. Si seguimos las ideas de Landwehr⁴ sobre el rol que tendría la literatura en la concepción del mundo, podemos decir que *Aluvión de fuego* es la primera novela de nuestra modernidad que nos da un modelo de la nación boliviana en base a la cual podemos pensar y reformular nuestra experiencia real de lo boliviano. Novela aún más admirable, puesto que ese modelo está armado sobre uno de los momentos más álgidos y más cuestionadores de nuestra propia «identidad», como lo fue la guerra del Chaco. La guerra que fácilmente podía sumir nuestra visión de la realidad en la negrura de la negación del sentido y en la primacía del holocausto, deviene en la novela de Cerruto un elemento más del rompecabezas histórico de Bolivia en

³ Así lo mostraron Marx y Engels en varios de sus textos clásicos; por ejemplo, en las primeras páginas del *Manifiesto del partido comunista*, dicen, refiriéndose a la formación de la burguesía en Europa: «Las provincias independientes, ligadas entre sí únicamente por lazos federales, con intereses, leyes, gobiernos y tarifas aduaneras independientes, han sido consolidadas en una sola nación, bajo un solo gobierno, una sola ley, un solo interés de clase y una sola línea aduanera» (Moscú: Progreso, s. f.).

⁴ El modelo de Landwehr para la ficción puede ser incluido dentro del amplio campo de las teorías de la lectura, como lo hace Luis H. Antezana. Landwehr, siguiendo a H. Vaihinger, H. Korsch, I. Lotman y G. Klaus, propone un modelo lúdico de la ficción que permite «no sólo nuevas posibilidades de interpretación del 'mundo', sino igualmente la constitución de 'nuevos mundos' que contrastan con el acabamiento de la realidad constituida y con la aprehensión a-crítica de lo dado». Citado por Antezana, en *Teorías de la lectura* (La Paz: Altiplano, 1983, p. 223).

los años treinta, y conforma con los otros elementos de la realidad ese modelo, que, en mi opinión, es el primero en proponer de forma coherente la formación de una nación.

Aluvión de fuego es ya una novela que participa de nuestro mundo de ideas y reflexiones sobre nuestro propio ser. Más de un crítico ha enfatizado sus cualidades internas⁵, así como sus relaciones más importantes con la historia boliviana⁶. No hay duda, pues, de que las relaciones entre la novela de Cerruto y la realidad boliviana expresan algo más que una descripción, una valoración o una crítica. Hay en ella un proyecto de construcción de la nacionalidad boliviana que ha sido y sigue siendo el único posible para Bolivia; un proyecto que vive en todo sistema que quiere imaginar a Bolivia como un territorio acogedor y armónico para sus propios habitantes.

La estructura básica a *Aluvión de fuego*, narrativamente hablando, es la del héroe individual y la del aprendizaje⁷. Mauricio Santa Cruz, el joven burgués que por medio de sus viajes y su sensibilidad va descubriendo el mundo social boliviano durante la guerra del Chaco con el Paraguay (1932-1935), es el eje en torno al cual se mueve la acción novelística. Una primera lectura estaría tentada a decir que esta novela es la del aprendizaje de una sensibilidad y sólo eso. Pero es Mauricio el factor más importante, a pesar de que su problemática sea vital para el entendimiento de la personalidad de Cerruto e imprescindible para el entendimiento de la trama. El factor importante es la hilación de diferentes mundos que van apareciendo y entregando al joven Mauricio —y al lector— sus sentidos, sus aperturas y sus clausuras, sus posibilidades y sus fracasos, sus anhelos y sus —generalmente— trágicos destinos.

Este proceso me parece interesante, pues no sólo es condición de los cambios de Mauricio, es también el modo de construir la propuesta de

⁵ Oscar Rivera Rodas, entre otros, ha enfatizado este aspecto de la obra de Cerruto en su libro *El realismo mítico de Oscar Cerruto* (La Paz: Abaroa, 1973).

⁶ Aunque proveniente de campos intelectuales muy diferentes, Filemón Escobar, René Arce, René Poppe y Luis H. Antezana, en la presentación de la segunda edición de *Aluvión de fuego*, coincidieron en señalar su capacidad predictiva de la historia boliviana, que sería como el máximo punto al que llega la novela en su lectura de la realidad boliviana. Desde esta perspectiva, la novela de Cerruto es algo más que una novela de una situación histórica determinada, es una visión —simultaneidad de los elementos y revelación de sus relaciones; apertura hacia el futuro e integración del visionario— de las relaciones más profundas de la sociedad con sus componentes.

⁷ Una breve aproximación a esta estructura de tipo mítico se puede ver en mi artículo «El héroe y el testimonio», publicado en *Presencia* [La Paz] (20 de diciembre de 1981, segunda sección, 1).

Cerruto de territorio y nación. El viaje de Mauricio se realiza por un solo espacio geográfico, el altiplano; pero este territorio está altamente diferenciado por las territorializaciones sociales de los diferentes grupos humanos allí asentados. Se podría decir que el altiplano es uno y es múltiple al mismo tiempo⁸, y la novela de Cerruto sería como un redoblamiento de ese espacio en el orden de lo ideológico: un territorio escritural —y lúdico, según Landwehr— que articula varios pensamientos. Pero este territorio, como un sentido, no se da de inmediato y por sí mismo, sino que debe ser reconstruido. Mauricio deberá hacerlo para sí; los mineros, en tanto clase, deberán hacerlo para sí, y, por último, el lector deberá hacerlo para sí también. El proyecto de Cerruto —proyecto político por naturaleza propia— tiene la misma clase de existencia que la novela: se construye en una intención (social o novelística), en una recepción (aprendizaje social y lectura) y en una interiorización (social y psicológica). Por eso, cuando hablo de proyecto y construcción, me refiero tanto a la ideología del texto cerrutiano como a los espacios vacíos que el texto nos deja para que nosotros asumamos su conclusión y su prolongación. El proyecto de *Aluvión de fuego* —que existe en términos de ideología y de política— es algo que el lector debe asumir.

Así, en la novela, se pueden apreciar dos procesos inversos: uno, el aprendizaje de Mauricio, que, al mismo tiempo, va a mantener un cierto eco con el narrador y su ideología (la que no coincide necesariamente con la ideología del proyecto que nos presenta toda la novela), aprendizaje que va a terminar en la comprensión global del proceso de la historia boliviana y, al mismo tiempo, con la inaccesibilidad del héroe a ese proceso histórico, y así Mauricio debe morir, mientras el Coto —su amigo y guía en la última parte de su viaje— piensa en el renacimiento de Bolivia, en medio del combate de los mineros contra las fuerzas militares de ocupación. Una analogía con la tradición cristiana es posible: Mauricio, como Moisés, no puede llegar a la tierra prometida; la liberación de su pueblo y de él mismo son incompatibles. Esta aparición de un cierto pensamiento trágico judeocristiano no es espontánea ni aislada. El narrador se hace eco de esta sensación de fracaso y condena, por ejemplo, al juzgar la vida del minero, en dos sucesos importantes para ellos: el alza de precios del estaño y la muerte de algunos mineros en un derrumbe. Dice el narrador: «Fue un momento terrible. Pero está escrito que el hombre ha venido a esta tierra para desgarrarse» (p. 167). Destino y condena en la escritura,

⁸ Luis H. Antezana ha mostrado que el altiplano es un personaje en la novela y no sólo un paisaje. El altiplano, en la narración de Cerruto, «vive» de acuerdo a los seres que lo habitan. Para los indios será como su lógica extensión; para los soldados, como su mayor imposibilidad.

ya nos prefiguran al Cerruto de años más tarde: el de la amargura, el de la poesía, la soledad y la impotencia. Al final, el héroe muere en la novela, y Cerruto, en su vida, por algo que se deberá explicar todavía, se encamina hacia una visión de mundo de clausura y de dolor, fácilmente identificable en su poesía plagada de signos de la tradición cristiana (culpa y condena) y plena del léxico de los funcionarios del poder.

El otro proceso es el encuentro de mundos sociales que son cada vez más estructurados y más conscientes de sus reales posibilidades históricas. Mundos que se abren y que no se clausuran como la vida de Mauricio al final de la novela. Los nuevos espacios sociales proponen visiones de mundo que no excluyen a los otros; al contrario, los presuponen y los integran en sus propios proyectos ideológicos. Y a medida que se avanza en la aventura de Mauricio, también los mundos avanzan en la capacidad de ser más coherentes, más verdaderos y más capaces de dar respuestas totalizadoras al fenómeno histórico de Bolivia. Del mundo burgués alienado, insatisfactorio, neurotizante en el que vive Mauricio, al mundo del sentido pleno, al mundo teleológicamente definido y, por tanto, pletórico de intensidad social como el de la mina, hay un largo proceso rico en adquisiciones de matices sociales y en conjugar diferentes aspectos de una realidad que se presentaba, al inicio de la novela, como fragmentada.

¿A qué me refiero con todo esto? A que los hechos que desencadenan los procesos de aprendizaje de Mauricio —el mal trato que se da a los indios, el enfrentamiento con las jerarquías militares, las rebeliones indígenas— éste los asume como hechos importantes y válidos para su vida. Y esto se produce no sólo por una cierta sensibilidad que podríamos suponer a todo héroe de aprendizaje, sino por una readecuación del conocimiento de la realidad, que le permitirá acceder y participar de aquellas propuestas que comprenden y explican mejor a la compleja sociedad boliviana y, de paso, a las anteriores propuestas. En otras palabras: si aceptamos que la propuesta marxista, viabilizada en la novela por los mineros, es la mejor y más aceptable para la realidad boliviana, y la propuesta burguesa, viabilizada por Rudecindo, ministro de Estado, es la peor por su carencia hasta de la más mínima moral, debe haber un proceso que señale cómo se explican las distancias y las diferencias entre ambas.

Mi hipótesis es que para que Mauricio llegue a la visión de mundo que mejor comprende y explica a Bolivia se deben aprender —sentir, comprender e interiorizar— tres elementos básicos: la masa como sujeto de transformación, el territorio como elemento básico de nacionalidad y el espacio productivo como verdadero origen de la sociedad integrada en una nación.

Si nos acercamos a Mauricio, en la primera parte de la novela, pode-

mos ver que uno de los sucesos que más fuertemente determinan el mero inicio de su viaje y de su aprendizaje, así como aquello que podría ser el centro alrededor del cual gira su sensibilidad social —llamemos así a su necesidad de un entorno social— o, al menos, grupal, es la multitud. El primer signo lo tenemos en su rechazo de lo individual y el lamento de su soledad. Mauricio no encuentra un espacio social donde existir. Esta carencia está en la base de la motivación más profunda del personaje. Desde el principio, Mauricio es un héroe sensible a la preocupación social, pero su verdadero buscar de un lugar donde él pueda vivir se da después de una especie de transformación mágica al contacto con una multitud enardecida por el sentimiento patriótico de los que van a la guerra. Súbitamente, y sin que medie ningún aviso, Mauricio se transforma y pasa de una actitud pasiva y contemplativa a otra activa. El rebelde que mira «melancólicamente el cielo» da paso al orador enardecido, *revitalizado* por la presencia de la masa: «Mauricio se sintió arrastrado por esa oscura fuerza que emana de lo multitudinario y que a manera de tumultuosa marea tironeaba su sangre» (p. 59).

Después de esta transformación, Mauricio se enrola en el ejército y empieza su verdadero recorrer la sociedad boliviana. Hay en este acto de Mauricio un paso que corresponde perfectamente al de la filosofía antes y después de Marx, el paso del idealismo al materialismo, que está dado por la aparición y la primacía del concepto de praxis⁹. Por cierto, que para Mauricio nada se ha logrado aún; en realidad, todo va a comenzar; ha ingresado al mundo de las transformaciones por medio de las acciones humanas. Más aún, a partir de este momento, Mauricio encontrará individuos para los cuales sólo cabrá la definición como representantes de grupo y no como individualidades puras. El Coto, el coronel Gallegos e incluso la Jacinta son algo más que individuos, son símbolos sociales. Mauricio conocerá gentes que responden a sentimientos colectivos más que a determinantes individuales. La multitud prima de ahora en adelante en la novela; la masa deviene la constante de lo que Mauricio ve y de lo que busca.

Ahora bien: la multitud de la ciudad que ha despertado a Mauricio es una masa no organizada, una masa sin conciencia de sí, y su amor a la patria no deja de ser una mera exaltación del momento. Como lo mostrará una y otra vez Cerruto en su novela, este grupo de gente que se exalta

⁹ Una discusión de estos conceptos se puede ver en el trabajo de Adolfo Sánchez Vásquez, *La filosofía de la praxis* (Londres: Merlin Press, 1977). Sánchez Vásquez explica toda la teoría de Marx a partir de la praxis —la transformación real del hombre que se produce a través de una práctica concreta, de un hacer diario, actividad o trabajo— como concepto central.

fácilmente no tiene ninguna consistencia en su discurso patriótico, y donde estará mejor representado será como una serie de «emboscados», es decir, de falsos invalidados para ir a la guerra. Pero hay otra multitud donde ya aparece conscientemente la idea de patria como pertenencia y unidad con el territorio y con un programa político que sustente esa ligazón territorial: la masa campesina.

Los indios en *Aluvión de fuego* son la presencia más fuerte y más constante de toda la novela. Dondequiera que el protagonista se dirija encontrará indios: en la hacienda, en el ejército, en la mina. La imagen que mejor define esta manera de ser de los indios es la que los liga de forma «mítica» con su territorio: «Ah, pero el altiplano es ancho y lo protegen las distancias. Y es también impenetrable como una selva, y sólo el indio lo conoce. Sólo el indio tiene en sus manos la clave de su laberinto» (p. 125). La persecución del ejército a los indios es la caza de un fantasma. Los indios sólo aparecen en la noche, y en el día desaparecen. Su venganza es terrible, como una imparable vuelta de lo reprimido (en sentido político y psicoanalítico), como se lee en la escena dedicada a la destrucción del pueblo de Oronuevo. Los indios, además, se presentan siempre como una unidad casi invulnerable. Su código de solidaridad es irrompible y sólo en un determinado momento se quiebra la fortaleza de un indio y se consigue una delación: por medio del simulacro del fusilamiento. Los indios son fácilmente diferenciables de los blancos, difícilmente identificables como individuos. Están por todas partes; su presencia se siente, se presiente muchas veces, pero es difícil y casi imposible llegar a ellos; son incluso los inconocibles. De muchas maneras, su situación al interior de la novela es compleja, como compleja es su situación para el Estado boliviano. Para el poder son casi los enemigos; para la supervivencia de la nación son su más caro elemento; en la guerra son su fuerza y su sangre. En pocas palabras: los indios son el horizonte más constante de la narración de *Aluvión de fuego*, tanto temática como estructuralmente, porque nos dan el grado cero de la sociedad boliviana.

Grado cero porque, además de estar en el límite de la pobreza y de la opresión al interior de la estructura de la nación boliviana, son el primer elemento que se muestra como coherente y como plenamente integrado con un territorio y consigo mismo. El indio es el primer modelo social que puede instaurarse como modelo mítico de lo que podría ser una sociedad, sin importar que el tipo de sociedad propuesta sea factible o no en términos históricos concretos. Tal es así que todas las reacciones de Mauricio, que lo llevan de una actitud pasiva a otra activa, están motivadas por la presencia de los indios (recordemos su actitud frente a los capataces en la hacienda y frente al coronel Gallegos después de la rebelión de los indios).

Tomar partido, moverse hacia posiciones más consecuentes con el aprendizaje que realiza, es para Mauricio tomar el partido de los indios. Los indios son el primer punto de referencia para Mauricio y quizá el más importante, porque ahí encuentra un modelo, como una especie de arquetipo del espacio social que busca y que es el inicio del proyecto que va proponiendo Cerruto. Por esta cualidad de modelo mítico-abstracto más que de proposición concreta, los indios no son una «parte» de la novela, sino que están en todas partes. Como si en cada aparición del indio se estuviese renovando (como en todo mito) el arquetipo de sociedad que se propone.

Vale la pena preguntarse hasta qué grado los indios son, en verdad, una proposición de nación para Cerruto. Para responder, tomemos una definición operatoria de nación como la de Nils Castro¹⁰. Castro llama comunidad nacional a una comunidad que ha sobrepasado las simples manifestaciones culturales de un pueblo, y para ello se deben cumplir los siguientes requisitos: ser «una colectividad social estable y relativamente integrada, pobladora de la extensión de un país o territorio común a sus miembros y socialmente unificada por intercambios permanentes entre la diversidad de sus asentamientos, sujetos a un centro hegemónico principal de clase, herederos de un pasado y lengua comunes e identificados por una idiosincrasia colectiva»¹¹.

Los indios, tal como aparecen en la novela, cumplen estos requisitos en dos formas diferentes: una, autónomamente, son nación, pues así se viven ellos y así se definen, y otra, como parte de la nación boliviana, aunque su relación con el centro hegemónico sea bastante más compleja que la de simple aceptación de esa hegemonía. Mauricio ve, en efecto, una colectividad que tiene con su territorio y consigo misma relaciones fuertemente codificadas como relaciones de sociedad y no de simples grupos culturales diversos, diseminados en un territorio. Pasado y lengua comunes, idiosincrasia colectiva, colectividad social estable e integrada, intercambios comunes y, de una forma especial, territorio común son todos elementos que están en la visión del indio que propone Cerruto.

La conciencia de sí mismos en cuanto nación se puede ver en la emi-

¹⁰ Tratando de definir las funciones y las «tareas» de una cultura nacional, Nils Castro estudia la formación de culturas nacionales en las sociedades occidentales y capitalistas. Más que una definición, se nos entrega una caracterización de lo que sería una cultura nacional y de cómo debería construirse una cultura verdaderamente nacional en Latinoamérica. Con estos objetivos en mente, diseña las características de una nación en el mundo occidental y capitalista. «Tareas de la cultura nacional», en *Casa de las Américas*, 122 (1980), pp. 3-10.

¹¹ *Op. cit.*, p. 4.

sión del documento donde defienden y reivindican su territorio, no de una forma mítica o milenarista o como un simple movimiento inmedatista de liberación de un mal trato social, sino como una nación oprimida. El título del documento es elocuente: «Manifiesto de las nacionalidades indígenas del kollasuyo». Para Cerruto, esta conciencia de los indios va aún más lejos, pues es un manifiesto de llamada a la solidaridad de las clases obreras del país para formar las repúblicas socialistas de obreros, soldados y campesinos¹². Aun cuando Mauricio no acceda directamente a este documento, es claro que la actitud de los indios en las rebeliones transmite elementos que modifican algo más que la estructura sentimental del héroe. En la medida en que Mauricio está llevando a cabo la formación de un modelo de ver el mundo, no importan tanto los datos concretos como las actitudes generales y las grandes maneras de pensar y ver el mundo. De ahí que insistamos en que Mauricio aprehende no el proyecto político de los indios (proyecto que, por otra parte, va a fracasar en la novela), sino una manera social y mítica de estar en el mundo, y que sólo se puede entender porque los indios son los únicos que pueden expresar y transmitir el sentimiento y la ideología de un pueblo que se siente *legítimamente* nación. Esa impresión está, por supuesto, en lo que hemos llamado su unidad, su grado cero de estar en el territorio, su capacidad de ser el modelo de cualquier proyecto que quiera hacer de nuestro territorio una nación. En otras palabras: si el objetivo al que Mauricio debe llegar es la formulación de un proyecto de nacionalidad, necesita el molde en el cual desarrollar ese proyecto, es decir, la visión de sí mismos que tienen los indios en tanto pueblo, y que viene ejemplificada notablemente por su relación en el territorio, como ya

¹² Silvia Rivera ha mostrado cómo las rebeliones y levantamientos indígenas desde 1930, e incluso desde antes, en algunos casos, seguirían distintos tipos de lógica en su actuar social, y no sólo una «milenarista y prepolítica» acción, como se ha considerado generalmente. Por ejemplo, para los movimientos altiplánicos entre 1910 y 1930, se pueden señalar tres condiciones para el surgimiento de un movimiento campesino: «En primer lugar, la existencia de contradicciones objetivas entre el campesinado y fracciones del bloque en el poder —ya sea que estén dadas a nivel de la tenencia de la tierra, el acceso al mercado, etc.—. En segundo lugar, la existencia de una base organizativa que permita superar las formas esporádicas, aisladas y espontáneas de la protesta y la resistencia campesina. Finalmente, la formación de un ámbito de ‘circulación ideológica’, que permita la reformulación de un programa —implícito o explícito— de reivindicaciones» («Rebelión e ideología: Luchas del campesinado aymara del altiplano boliviano, 1910-1920», en *Historia boliviana*, 1/2 [1981], pp. 83-99).

Para una ampliación de estas ideas, acerca de los movimientos campesinos en Bolivia y, sobre todo, de las concepciones de historia y nación que han desarrollado, véase: Silvia Rivera, *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aymara y quechua 1900-1980* (La Paz: Hisbol-CSUTCB, 1984).

señalamos, pues esto significa la complitud de un pueblo en su propio proyecto, en su propia legitimidad. Sin el aprendizaje de lo que significa ser y estar en un territorio, Mauricio (y Cerruto y los lectores) no podría formular su visión final: el mundo visto desde la clase obrera.

Conforme avanzamos en la novela llegamos al fracaso del movimiento de rebelión indígena. Mauricio se solidariza con ellos y pone en peligro su vida; debe escapar, y, después de esta huida, encontrará un nuevo espacio social, el único en el que realmente puede formularse un proyecto moderno de nacionalidad. Se trata, por supuesto, del espacio obrero de las minas, donde, en teoría y práctica, funciona un modelo de nacionalidad.

El proyecto político de *Aluvión de fuego* se completa y encuentra mayores posibilidades de realización en la mina, pero como viviendo aún del proyecto indio. Parecería que la ventaja de la mina sobre el campo radica en dos situaciones concretas más que en un proyecto político claramente definido. Mal que bien, ambos discursos políticos, en la versión de Cerruto, se apoyan en el discurso marxista, planteando la nación como un sistema entendido desde la ideología marxista. La ventaja de la mina, para ser un lugar más apropiado a su proyecto, nace de ser el centro de producción más importante del país y, como corolario, el centro de intercambio y conocimiento entre los diferentes grupos sociales que pueblan el territorio boliviano. En la mina, más que en el Chaco, se está formando la moderna sociedad boliviana.

La conciencia minera no es sólo de su condición de clase, sino de la importancia que tiene para el país su propia clase. En una arenga, el Coto les dice a los mineros:

... recordemos en este decisivo momento que nosotros somos esa fuerza grande, cuya voz de tormenta resuena a través de la historia: *el proletariado*... Y lo que nosotros queramos es lo que ha de prevalecer..., y nosotros queremos una sociedad justa... ¡Somos dueños del mundo..., no lo olvidemos! (p. 252).

Conciencia histórica que nace de la correcta comprensión de su rol en el proceso de formación social, en la conciencia de ser el centro del sistema productivo.

Pero lo más importante es la conformación de ese cuerpo proletario que recoge y unifica en su seno los más diversos representantes del país, bajo el único requerimiento de aceptar las condiciones de vida colectiva obrera. Que no es otra cosa lo que le pasa a Mauricio. Entrar a la mina es cumplir el proceso final de transformación de todo aquel que quiera vivir en un verdadero proyecto de nación. Verdadero porque supone una situación social positivamente definida, con más justicia, con más igualdad,

sin discriminaciones, etc. Esto es paradigmático en Mauricio, quien incluso debe renunciar a su nombre para adoptar el de Laurencio Peña, más acorde con su nueva situación social. Como él mismo lo dice: su nombre se cae como una cáscara porque ya no corresponde a lo que él es: un hombre nuevo (cf. p. 231). Pero no sólo se cumple con él, sino con todos los que ingresan a la mina, los que se transforman de diferentes maneras, estableciendo nuevas relaciones entre ellos y debiendo sustituir o abandonar anteriores tipos de relaciones sociales, sin importar mucho sus orígenes. De esta forma, la mina es como la fundición/fundación de un nuevo hombre que integra varios tipos de hombres, incluidos los más recientes, los que vuelven del frente de batalla.

Por el tren ordinario se vaciaron sobre el asiento minero, atraídos por la demanda de brazos, las multitudes de los sin trabajo... Caras de forasteros, caras nuevas: blancas, lustrosas, las caras delicadas de las gentes de la ciudad; caras ennegrecidas por el viento crudo de la puna; caras de piel amarillosa y sin salud... Pero una novedad legítima dominaba, esta vez, el conjunto: los mutilados de guerra que venían, también, en busca de trabajo (p. 171).

A vuelo de pájaro podemos reconocer indios, obreros, ciudadanos, cholas, burgueses, ex soldados, etc. Esta diversidad de gente, al final de la novela, es un grupo compacto que incluye mujeres y niños.

Ahora bien: estos seres, conformados como un grupo organizado, van a oficiar de vanguardia de las luchas sociales que lleva el pueblo boliviano. En comparación con el de los indios, su proyecto se expande y se realiza en la buscada unión que aquéllos preconizaban para indios, obreros y soldados. La clase obrera se convierte así en la efectivización de lo que puede ser la nacionalidad boliviana. Es una realización efectuada por medio de un discurso, el marxista, y de una situación, la de estar en el centro del sistema de producción¹³. Cerruto privilegia la posición de la clase obrera como la única capaz de llevar adelante un real programa de integración nacional. Más aún: la clase obrera es esa integración, sus posibilidades y su proyección hacia el futuro. Incluso puede ya elaborar sistemas de defensa que le permiten sobrevivir, aunque sufra derrotas. No es otra cosa la

¹³ No sabemos si Cerruto conocía a Lukács, probablemente no, aunque por lo que sabemos de su vida es indudable que conocía literatura marxista. Sin embargo, esta capacidad que asigna a la clase obrera correspondería con lo que Lukács llama el punto de vista del proletariado, visión totalizadora que sólo es factible para la clase obrera, por su posición en el sistema de producción. Véase Lukács, «Conciencia de clase» y «La cosificación y la conciencia del proletariado», en *Historia y conciencia de clase* (Barcelona: Grijalbo, 1975).

supervivencia del Coto después de la masacre. De muchas maneras, pues, la clase obrera está mejor preparada para llevar a la práctica un proyecto que aglutina a los sectores más importantes de la sociedad boliviana. Los obreros tienen una táctica de lucha que hace posible la reformulación de la nacionalidad. Con táctica quiero decir una situación estratégica en el sistema productivo que los hace imprescindibles y, a la vez, posibilita su capacidad de *concientización* y organización. Y esta capacidad está en la situación misma del hecho de ser minero. Por aquello que decíamos antes, que para devenir obrero se debe sufrir una verdadera y profunda transformación, por la cual se puede comprender, con un mayor grado de objetividad y una mejor perspectiva histórica, el fenómeno total de la nación. Los diferentes puntos de vista se articulan alrededor de una situación que se impone como la más real, porque aunque se está en un cierto límite de supervivencia igual al de los indios, se está también en el punto privilegiado desde el cual se puede comprender la sociedad. Cerruto muestra cómo se produce este fenómeno de transformación de un ser corriente en un obrero militante, a través de Mauricio, con todo lo que eso significa de nuevo ser, y le da esa dimensión que lo diferencia de los indios: la pluralidad de voces (ahora armonizadas dentro de un proyecto revolucionario) y el autocuestionamiento de sus propios proyectos revolucionarios. Es notable aquí la discusión de Mauricio con el Coto. Mientras Mauricio defiende una posición separada del proyecto político en cuestiones referidas al arte y las relaciones hombre-mujer, el Coto antepone el proyecto revolucionario-político por la urgencia de mantener, defender y realizar ese proyecto. No interesa tanto la discusión en sí, sino el hecho de enfrentarse a una serie de cuestiones que trascienden lo inmediato —como la urgencia de una lucha armada— para proponerse un futuro al cual también hay que darle respuestas desde el presente.

Sin embargo, el hecho importante en el espacio minero —repetámoslo— es el ser un proyecto unitario que reúne en su interior una serie de voces —a veces convergentes, a veces no— y una serie de personas que, sólo en esas condiciones, se descubren como parte de un mismo todo. Si miramos a la guerra del Chaco, que Cerruto relata diferidamente por medio de una carta que llega desde el frente de batalla, podemos ver que allí se está realizando un fenómeno paralelo. Una serie de personas que se descubren mutuamente en torno a una situación parecida, pero básicamente diferente, pues la guerra ¹⁴ no es un proyecto que nazca de los intereses

¹⁴ Habría que repensar todo el discurso histórico que nos ha estado llegando hasta ahora muy ligado al discurso hegemónico del MNR. La proposición de Cerruto pondría en cuestionamiento todo ese discurso histórico que dice que la naciona-

de los que van a luchar y morir por ella; al contrario, la guerra está preparada y fabricada por el poder que emite un discurso «patriotista» para convencer y justificar la necesidad de una guerra. Esto lo sabe y lo dice el narrador:

El pueblo estaba comido por la miseria; la peste asolaba los barrios pobres, avanzaba sobre los privilegiados (...). Y, sin embargo, la gente quería echarse encima una calamidad más. Y la peor de todas. *Ah, es que el ardor patriótico...* ¡Lo que hay es otra cosa! Lo que quieren es distraer a los miserables de su miseria, a los hambrientos de su hambre (...). En cuanto a los *sagrados intereses* [de la patria], ya se sabe muy bien que las clases altas han calificado siempre así *sus* intereses (pp. 56-57).

De esta manera, la guerra no es proyecto que pueda unificar a los combatientes. Más aún: la guerra reúne a la gente, pero no rompe ninguna distancia entre ellos. Indios, blancos y mestizos siguen manteniendo sus diferencias de clase en el frente de batalla. Los indios son despreciados, los blancos son emboscados en la retaguardia. Lo único que parece interesar a todos es escapar de la guerra y de la muerte. Los soldados comparten un destino común —sí, en el sentido en que se comparte una misma celda—, pero no una vida común y creada por todos para todos. El Chaco, en la propuesta de Cerruto, es una realidad innegable, pero es también un punto ficticio en el discurso hegemónico del poder: es el lugar al cual no se debe ni se quiere llegar —como le sucede a Mauricio— si se quiere hacer un proyecto vital para una sociedad, ya que sólo representa la muerte. La guerra del Chaco existe y debe ser integrada como un hecho histórico al proyecto de Cerruto, y esa inclusión es la del *testimonio*.

A diferencia de los otros espacios de la novela, que son territorios (de)marcables, el Chaco es una inscripción, una marca, una huella, un recuerdo imborrable; es la marca que la historia ha impuesto a un país en un momento dado de su desarrollo. Cerruto marca bien la distancia: alguien nos cuenta un hecho, integrable a un proyecto sólo como símbolo. En una novela donde la sangre derramada inútilmente abunda, la sangre del Chaco se hace simbólica. Sorprendente inversión de términos. El hecho más brutal y más «realistamente» tratado por nuestra literatura se convierte, en *Aluvión de fuego*, en el más simbólico, en la memoria del renacimiento: «Allí está el Chaco —pensó el Coto—, donde se abaten, para

lidad moderna de Bolivia se formó en las trincheras del Chaco, al proponer la mina como el verdadero espacio de formación de la nacionalidad y no la guerra, la que cumpliría ese papel sólo en segundo término.

nacer de nuevo, nuestros hermanos» (p. 258). Cuando el Coto pronuncia estas palabras, al final de la novela, estamos lejos del Chaco y metidos en la lucha por la implantación del proyecto obrero. El proyecto político ha desplazado el hecho guerrero al plano de la esperanza, de los hechos que importan por su valor simbólico; en este caso, por el renacimiento que promete. El Chaco no es el lugar de los hechos, sino del nuevo origen, y como todo origen y renacimiento, deberá ser invocado ritual y simbólicamente. El Chaco se convierte así en la escritura que complementa los otros textos que aparecen en la novela (proclamas, diarios, etc.) para darles la dimensión de lo imborrable e inolvidable: la muerte sin sentido ni justificación. Transformar al Chaco en símbolo no es negar su realidad y su memoria; al contrario, es desvanecer los engaños y falsas justificaciones que lo han hecho posible. Es quitarle el discurso sobre el que se sustenta para recuperar aquello que el nuevo proyecto necesita. El Chaco no es más la guerra por la que se defiende y protege un territorio, es el territorio que no es territorio socializado, pues nadie que muere por él lo puede vivir como suyo; es el absurdo que nos ha dejado una huella, cuya negatividad, cuya carencia, como la que enseñan en sus mutilaciones los ex combatientes que llegan a las minas, nos recuerda constantemente toda la sangre derramada para llevar a cabo el proyecto de la nación boliviana.

Desde esta perspectiva, ya podemos ver todo el proceso de construcción del proyecto de nación en *Aluvión de fuego*. Proceso de inclusión por el que, junto con el proceso de descubrimiento de nuevos mundos sociales, Mauricio, que guía la trama de la novela, va asimilando y reformulando lo que ve y lo que aprende. Cada estadio supone un ladrillo más en un edificio de conocimiento, que es, al final, una totalidad que comprende y explica mejor que las otras —las cuales han devenido parcialidades— la realidad social boliviana. El proceso representa, pues, la creación de un verdadero proyecto, pero también el encuentro de un punto de vista crítico, un lugar privilegiado de comprensión de los fenómenos sociales: la clase obrera como realización de un proyecto modelado anteriormente, en la propuesta de los indios. La más bella imagen de la novela en este sentido es la reunión del sindicato obrero protegido por la fiesta de la chichería, de claro origen campesino. Detrás y junto al baile indio, la revolución obrera.

Es evidente, a todas luces, que la ideología que sustenta este proyecto es la del marxismo-leninismo. Pero no creo que esto sea el punto más importante de la novela —cualquier tratado de política posiblemente explicaría mejor que una novela este planteamiento ideológico—; lo valioso de Cerruto es su capacidad de descubrir y de tratar de crear un proyecto a partir de elementos sociales inmediatos; diríamos —tomando la termino-

logía de H. Vidal¹⁵— que hay una sistemática aproximación a la cotidianidad, de la cual se extrae un proyecto coherente con ese experimentar diario de lo real. Más aún: Cerruto consigue literariamente comprender y explicar mejor que las teorías sociales y políticas parciales, vigentes en ese momento, que no pueden escapar a las dualidades rígidas, como la oposición proletariado/burguesía o indios/blancos, puesto que puede integrar esos —aparentemente incompatibles— elementos y que se presentan íntimamente relacionados en la cotidianidad en su proyecto de nación. Si la transformación de Mauricio es, en su nivel más superficial, la de un burgués en un revolucionario, en su nivel más profundo quizá sea la inauguración de una sensibilidad y la apertura de una conciencia a una pluralidad social. Y esto que le ocurre a Mauricio en el nivel de la trama novelesca tiene un paralelismo continuo en el nivel general de la novela, en la representación de los distintos mundos sociales y sus proyectos respectivos, en su participación al interior de la nación y del Estado bolivianos.

Cerruto juega con dos niveles: con la estructura mítica del héroe, estructura condicionada históricamente por la tradición de la novela latinoamericana, que aún en 1930 no deja la estructura de romance propia al siglo XIX, y con la puesta en escena de los distintos mundos sociales que comparten el territorio nacional. Un nivel apoya al otro y no se podría afirmar tajantemente si hay alguno privilegiado. ¿Es Mauricio una excusa para exponer un proyecto social mediante la representación de la sociedad boliviana? ¿O es el contexto social simplemente un telón de fondo para mostrar las aventuras de una conciencia juvenil como algún crítico ha sugerido?¹⁶ Creo que ni la una ni la otra, pues ambas se presuponen y

¹⁵ En su *Sentido y práctica de la crítica literaria socio-histórica: panfleto para la proposición de una arqueología acotada* (Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literatures, 1984). Hernán Vidal, para explicar un modelo socio-histórico de aproximación a la literatura, define el trabajo del escritor como la transformación de materiales de la vida cotidiana en metáforas de orden lingüístico. Estas metáforas serían descodificables por el crítico literario y comparables con metáforas mayores de orden cultural y social; trabajo del que resultaría la lectura crítica y que pondría en evidencia las relaciones de una obra con la sociedad en aspectos sociales, históricos e ideológicos.

¹⁶ Incluso un crítico dice que la preocupación social de Cerruto sería un exceso juvenil y falta de madurez del autor: «En el ideario político de *Aluvión de fuego* se incluyen consignas como la que habla de la instauración de la 'República Socialista de Obreros, Soldados y Campesinos' o de la 'Nacionalidad Indígena de la República del Kollasuyo'. Estas cosas harían sonreír hoy, sin duda, al autor, quien no podrá reconocer en ellas sino la expresión de un juvenil arranque, exento, como no podía menos de ser, de la ponderación y la seriedad que se obtiene con la maduración y la experiencia de la vida» (Jorge Siles Salinas, *La literatura boliviana de la guerra del Chaco* (La Paz: Universidad Católica Boliviana, 1969, p. 107).

definen el proyecto total de la novela: el salto de lo individual a lo colectivo plural.

¿En qué momento se da la unión entre esas dos estructuras narrativas? Por cierto, se da sólo al final, cuando Mauricio se une a la clase obrera. Pero esto es algo más que la conclusión lógica de una serie de aventuras y avatares, es el único instante en que es posible para un individuo convertirse en parte de una comunidad, no sin dificultades o recelos, pero mal que bien como parte de un proyecto en el que se cree y al que se ha apostado la vida. Esto culmina cuando Mauricio liga su suerte, por una parte, a la del proletariado, y por otra, a la de una mujer «chola», a una india. Este es, para mí, el índice más importante de pertenencia que Mauricio ha conseguido frente a su sociedad y su territorio. Jacinta es el símbolo de esa unidad e integración del desarrollo de Mauricio; ella es a la vez el territorio (indio) y parte de ese proyecto social (cantinera que muere por la causa minera). Sólo en la mina el héroe arquetípico deja de ser tal para ser un héroe más de la clase obrera. Las acciones de Mauricio han adquirido sentido no sólo para él, sino también para unas colectividades, mientras que el héroe de la guerra del Chaco no tiene sentido quizá ni para sí mismo, como reconoce Sergio Benavente, héroe nacional del Chaco, en su carta a Mauricio.

Asimilado a la vida y al proyecto obrero, la muerte de Mauricio adquiere entonces otro sentido. Ya no es únicamente la imposibilidad de Cerruto de integrar a la burguesía o de integrarse él mismo a ese proyecto, sino que la muerte de Mauricio viene por lo superfluo de mantener ese tipo de héroe individual y propio del romance decimonónico. La continuación lógica de esta novelística sería —aventuremos— la de un héroe colectivo.

Burgués vuelto revolucionario, Laurencio Peña, nuevo nombre de Mauricio, es también muchos otros símbolos: pasividad hecha praxis, soledad vuelta solidaridad, sensiblería transformada en madurez, etc. *Aluvión de fuego* es, a su vez, algo más que eso: el camino, las instrucciones, los modos de construir ese proyecto. A pesar del privilegio evidente de la propuesta obrera, ésta no anula a las anteriores; al contrario, no existiría sin ellas.

Pero esto se puede entender también como un orden poético. Orden poético como la necesidad de mediaciones e intermediarios que se van proyectando los unos en los otros y donde la totalidad se produce por acumulación selectiva. No prevalece la propuesta obrerista, ni la visión mítico-política de los indios, ni una posible propuesta burguesa-intelectual de Mauricio, ni la voz amarga del Chaco y ni siquiera la desilusión del mismo narrador/autor que se nota en las páginas finales. Los distintos grupos

sociales van aportando cada uno, con una característica nueva, a la construcción de ese proyecto. Aportar significa aquí cuestionar y proponer. En este sentido, lo más notable es el paso de la propuesta campesina a la obrera. Estas dos propuestas forman como el pilar sobre el que se puede edificar lo demás. Si hay dos clases sociales privilegiadas como las más ricas en su experiencia social para crear una verdadera nueva nación ésas son, según Cerruto, los campesinos y los obreros. El territorio legitimado en nación en la visión del mundo indígena y esa nación legitimada en futuro por y para las mayorías en la propuesta obrera.